

## DISOLVIENDO EL ARGUMENTO DEL SUEÑO\*

RONALD SUTER

El argumento del sueño data, por lo menos, de los tiempos de Platón. Se encuentra en el *Teeteto*, como parte de la refutación que ofrece Platón de la tesis de que el conocimiento es percepción. Teeteto acepta con Sócrates que lo que se le aparece a quien está soñando no es real. Dice que “los que sueñan creen en algo falso. . . [por ejemplo, cuando] creen que tienen alas y que vuelan cuando están durmiendo”. Por consiguiente, la percepción en un sueño no es conocimiento. Pero, prosigue Teeteto, nadie puede tener la seguridad de que sus percepciones no sean percepciones en sueños. Teeteto por lo menos dice no poder “ver qué evidencia podría demostrar [si estamos durmiendo o despiertos, soñando todo lo que pasa a través de nuestra mente o hablando despiertos unos con otros], pues las condiciones se corresponden en toda circunstancia como contrapartidas exactas”. Sócrates aparentemente acepta la conclusión de Teeteto de que no podemos estar seguros de que no estamos soñando.<sup>1</sup> En ninguna parte, que yo sepa, Platón intenta refutar este argumento.

Es interesante observar que aproximadamente en la generación siguiente, en tiempos de Aristóteles, Chuang Tse, el gran taoísta chino, también expresa dudas sobre la certeza de si estamos despiertos. Escribe: “Quizás estamos soñando y no nos hemos despertado”.<sup>2</sup> Afirma, con razón, que mientras soñamos “no sabemos que estamos soñando”, incluso si soñamos que estamos

---

\*Esta traducción de Carmen Mateu Suter se publica con autorización del *American Philosophical Quarterly*, dónde el original inglés apareció en Julio de 1976 (Vol. 13, n<sup>o</sup> 3).

<sup>1</sup> *The Collected Dialogues of Plato*, editados por Edith Hamilton y Huntington Cairns (Princeton: Princeton University Press, 1961), *Theaetetus* 158 b-d.

<sup>2</sup> *A Source Book in Chinese Philosophy*, traducido y compilado por Wing-tsit Chan (Indianapolis: The Bobbs-Merrill Co., 1963), p. 200.

*Diálogos* 31 (1978), pp. 73-90

soñando. "Sólo una vez despiertos sabemos que hemos soñado" (*Ibid.*, p. 189). Pero como parece que no hay manera segura de saber si estamos despiertos o no, nunca podemos saber cuando hemos soñado. Chuang Tse nos ilustra la dificultad: "Una vez soñé yo, Chuang Chou [éste era su nombre particular], que era una mariposa y que era feliz como tal. Me sentía plenamente satisfecho, pero no sabía que era Chou. De súbito desperté, y ahí estaba yo mismo, palpablemente. No sé si era Chou quien soñaba que era una mariposa, o si la mariposa soñaba que era Chou" (*Ibid.*, p. 190).

Estos dos ejemplos muestran que el argumento del sueño data de tiempos antiguos, y que tanto en Oriente como en Occidente, grandes filósofos lo tomaron en serio. La versión de Descartes, que es probablemente la más famosa, sirve el nuevo propósito de mostrar que una clase particular de juicios perceptuales no es indubitable, pero el argumento sigue básicamente igual.

En su Primera Meditación, Descartes pregunta si hay razones filosóficas para poner en duda juicios perceptuales de la forma "Veo (oigo, siento) esto o aquello", donde esto o aquello es algo físico, cercano y fácil de percibir. Ha concluido ya que no puede uno fiarse de tales juicios si esto o aquello es "apenas perceptible o muy lejano", porque los sentidos a veces lo han engañado<sup>3</sup> sobre tales cosas. Al principio está inclinado a responder a la manera de G.E. Moore: No hay duda que estas manos y este cuerpo son míos y que estoy aquí, sentado cerca del fuego, ataviado con una bata, con estos papeles enfrente de mí. Debe estar loco el que duda de estas cosas, o por lo menos parece que sólo los insensatos tienen dudas de tal género.

Descartes, sin embargo, a diferencia de Moore, rápidamente domina la tentación de admitir que los juicios perceptuales acerca de objetos cercanos son indubitables. Hablando con más rigor metafísico, Descartes introduce su argumento del sueño. Sostiene que es posible que sólo esté soñando que percibe el fuego, que está ataviado con una bata, etc. No sólo puede esto ocurrir, sino que dice que le ha ocurrido realmente que "en muchas ocasiones, en sueños, [ha] sido engañado por semejantes ilusiones". Descartes justifica su duda presente, observando que "manifiestamente . . . no hay determinadas indicaciones por las cuales se pueda distinguir claramente entre el estar despierto o dormido". La experiencia de ver un fuego real, no es claramente distinguible de soñar que uno está viendo un fuego. Generalizando, uno puede estar en uno y el mismo indistinguible

---

<sup>3</sup> *The Philosophical Works of Descartes*, trad. por Haldane y Ross (New York: Dover Publications, 1955), I, 145.

estado cualitativo perceptual, tanto si está soñando como si está despierto. La convicción acerca de lo que uno percibe es por lo tanto inconcluyente, y siempre existe la posibilidad de que uno esté equivocado sobre el tema, incluso cuando las percepciones parezcan ser de un objeto físico cercano que sea fácil de percibir. Descartes concluye que posiblemente está durmiendo y “ni nuestras manos ni nuestro cuerpo entero son como se nos aparecen” (*Ibid.*, p. 146).

### *Dos respuestas que no son satisfactorias*

Antes de presentar una refutación al argumento del sueño, quiero discutir dos respuestas inaceptables al mismo. La primera trata de rechazar el argumento estableciendo que uno está despierto y no soñando, basándose en alguna especie de evidencia. La segunda trata de rechazar el argumento del sueño con un argumento de contraste o de términos correlativos.

1. Una premisa necesaria del argumento del sueño es que *no hay evidencia a la que uno pueda recurrir, en cierto tiempo t, a fin de establecer que uno está despierto o soñando en dicho tiempo t*. Teeteto y Descartes explícitamente aceptan esta premisa; y parece estar implícita en Chuang Tse. Una de las respuestas más corrientes al argumento del sueño, es sostener que esta premisa es falsa. Tal respuesta es inadecuada.

Consideremos lo que quizás diría un discípulo de Hume que se propusiera disputar la premisa, basándose en que tenemos un criterio interno de las diferencias entre impresiones e ideas. Puede que citara con aprobación la observación de Hume de que las impresiones e ideas difieren en “el grado de fuerza y viveza con que hacen impacto en la mente”.<sup>4</sup> Esto podrá tentarlo a llegar a la conclusión de que tenemos la siguiente prueba para determinar si uno está despierto o soñando en un momento dado: lo único que se requiere es comprobar la vivacidad de nuestra percepción; si nuestra percepción, es, digamos, fuego y la percepción es vívida y tiene gran fuerza e intensidad, entonces podemos estar seguros que no estamos soñando, sino que estamos percibiendo el fuego; el percibir el fuego implica que estamos despiertos. Sin embargo, este modo de abordar el problema no deja apreciar la fuerza de la objeción del escéptico, de que es posible tener sueños que tengan mucha “fuerza e intensidad”. Esto es evidentemente posible, ya que si una experiencia tiene cierta cualidad estando despiertos, siempre podríamos soñar que tenemos

---

<sup>4</sup> David Hume, *A Treatise of Human Nature*, editado por L.A. Selby-Bigge (Oxford: The Clarendon Press, 1958), Libro I, Parte I, Sección I, p. 1.

una experiencia de la misma cualidad. Así, la evidencia interna de Hume es inconcluyente. Hume mismo así lo implica cuando observa en la segunda página de su *Tratado*: “Cuando dormimos . . . nuestras ideas pueden aproximarse a nuestras impresiones . . . [y] a veces nuestras impresiones son tan indistintas y débiles que no podemos distinguirlas de nuestras ideas”. Apelar a la intensidad de nuestras percepciones tampoco puede, por otra razón, resolver la cuestión de si las hemos percibido en sueños o estando despiertos. Si estamos inciertos de estar soñando, entonces, para ser consecuentes, tenemos que estar inciertos de si sometemos a prueba a nuestras percepciones o si, quizás, solamente lo estamos soñando. Pero soñar que uno pone algo a prueba no es ponerlo a prueba efectivamente. Por tanto no puede ser seguro que uno haya siquiera aplicado la prueba de Hume, y mucho menos que la haya pasado.

Malcolm, en su libro *Dreaming*, nos muestra que esta última objeción también puede aplicarse al empleo de cualquier principio de coherencia para descubrir si estamos despiertos o soñando.<sup>5</sup> Varios filósofos eminentes —por ejemplo, Descartes, Leibniz, Pascal, Russell, Ayer— han pensado que la manera de responder a la cuestión es emplear el criterio de coherencia, consistencia o concordancia. Descartes, por ejemplo, hace uso de tal criterio en su Sexta Meditación. La prueba es más o menos así: si las percepciones concuerdan unas con otras, estamos despiertos; si no concuerdan, son percepciones de sueños. Por ejemplo, si mi memoria puede conectar unas percepciones con otras, o con el curso entero de mi vida, entonces no estoy soñando. Pero, de nuevo, se puede objetar que la incoherencia, aun cuando es característica de muchos sueños, no es más esencial a ellos que la carencia de intensidad. Una segunda objeción decisiva a tal prueba, es que siempre es posible soñar que uno recuerda la conexión de una percepción con otra, o con el curso entero de la propia vida. Es decir, es posible soñar que las percepciones de uno son coherentes; por esto la confianza en la coherencia no asegura nada. Generalizando: no hay prueba que pueda sacarnos de tal duda, ya que es siempre posible meramente soñar que uno ha aplicado la prueba que muestra que las percepciones de uno son verídicas.

En su respuesta a Malcolm, Ayer demuestra que no aprecia la fuerza de esta última objeción. Pues escribe que es erróneo pensar que la prueba de coherencia carece de valor sólo porque no es concluyente.<sup>6</sup> Una prueba puede ser útil aunque no sea concluyente.

<sup>5</sup> Norman Malcolm, *Dreaming* (New York: Humanities Press, 1959), p. 108.

<sup>6</sup> A.J. Ayer, “Professor Malcolm on Dreams”. *The Journal of Philosophy* Vol. 57, (1960), p. 533.

La intención general puede aceptarse. Pero Ayer no ve que si dudamos verdaderamente si estamos ahora despiertos o sólo soñando, entonces debemos también dudar de si hemos justamente aplicado ahora o solamente soñado que hemos aplicado nuestra prueba. En efecto, ni la prueba de coherencia ni otra prueba alguna pueden sacarnos de dudas. Independientemente de la clase de prueba, siempre confrontamos la misma dificultad: suponiendo que se ha aceptado la duda inicial, debemos, si queremos ser consecuentes, también dudar de si hemos llevado a cabo la prueba. Por esto Ayer no puede concluir que su "prueba" le provee una razón no concluyente para cesar de preguntarse si está despierto o soñando. No concluimos, basándonos en cualquier argumento, que es muy probable que estemos despiertos y no soñando. En verdad, si empezamos por dudar si estamos despiertos —si ésta se acepta como duda genuina— ninguna clase de prueba o evidencia a la que se recurra hará más probable o dará respaldo inductivo a la aseveración de que estamos despiertos y no soñando. Este hecho está bien ilustrado en el siguiente pasaje de "El Poeta", el último de los *Seven Gothic Tales* de Isak Dinesen:

"Sabe, señora Fransine", dijo él, "hace dos noches soñé con Ud.". Ella sonrió, pero se mostró muy interesada. "Soñé" prosiguió, "que Ud. y yo nos dirigíamos a una gran playa donde soplaba un fuerte viento. Ud. me decía: 'Esto tiene que seguir eternamente'. Yo le contestaba que estábamos solamente soñando. 'Oh, no, no debe pensar eso', dijo Ud. 'Si me quito ahora mi sombrero nuevo y lo tiro al mar, ¿creerá Ud. que esto no es un sueño?' Entonces procedió a desatarse el sombrero y lo tiró al mar; las olas pronto lo alejaron. Aún así seguí creyendo que todo era un sueño. 'Oh, pero ¡qué ignorante es!' dijo Ud., 'si me quito el chal y lo tiro al agua se convencerá Ud. que todo es real ¿no?'. Dejó caer el chal de seda y el viento se lo llevó. Pero no pude dejar de pensar que todavía era un sueño. 'Si me corto mi mano izquierda', dijo Ud., '¿se convencerá de una vez?' Tenía Ud. en el bolsillo de su vestido un par de tijeras. Alzó y mantuvo así su mano izquierda, como si fuera una rosa, y la amputó. Y con esa—" Se interrumpió, muy pálido. "Con esa visión me desperté".<sup>7</sup>

Concluyo que Teeteto tiene mucha razón: no hay método que nos asegure que estamos ahora despiertos y no soñando, sin dar por supuesta la respuesta al problema en cuestión.

---

<sup>7</sup>Isak Dinesen, *Seven Gothic Tales* (New York: The Modern Library, 1961), pp. 402-403.

Para prevenir un posible malentendido, precisaré más mi posición. No niego que haya diferencias entre los sueños y lo que uno experimenta cuando está despierto. En sueños pueden suceder cosas físicamente e incluso lógicamente imposibles, absurdas. En sueños, un ser humano puede convertirse en mariposa o transformarse en candelabro. Esposas pueden convertir a sus maridos en bocadillos de jamón serrano. Woody Allen cuenta que en uno de sus sueños, su risa tornóse en lágrimas y “luego en una infección grave del oído”.<sup>8</sup> En sueños es posible ser un cadáver en un atáud y al mismo tiempo ser la persona que lo está velando. (El profesor Isak Borg tuvo tal sueño en la película de Ingmar Bergman *Fresas Silvestres*.)

Digo que es posible soñar tales cosas, porque si alguien al despertar, nos dice que tuvo esos sueños, no dejaremos de creerle. Esto es, aceptamos el relato honesto y sincero de un sueño como verdad, cualquiera que sea el contenido. Nótese aquí una diferencia. No digo que “soñé que  $p$ ” y “no soñé que  $p$ ” puedan ser verdad a la vez. No pueden ser verdad a la vez porque se contradicen. Lo que digo es que aserciones de la forma “soñe que  $p$  y no  $p$ ”, o aquellas que son reducibles a esta forma, pueden ser verdaderas, y serán verdaderas si se relatan sincera y honestamente. Tales aserciones no se contradicen a sí mismas, aun cuando lo que sigue a la palabra “soñé” se contradiga o se pueda reducir a una manifiesta contradicción.

Contrástese ahora nuestra reacción a sinceros relatos de aventuras vividas. No las aceptamos siempre como verdaderas. Insistimos, realmente, en que no sean ciertas si creemos que las aventuras descritas no podrían suceder, o si creemos que sus descripciones se contradicen. Si alguien nos dice que ayer tuvo una conversación muy animada con un profesor de lógica, quien no era más que, literalmente, una oruga, o que obtuvo el quinto divorcio después de haber estado casado solamente dos veces, sabemos que lo que se nos dice no puede ser literalmente cierto. Por consiguiente, si alguien cree que hizo algo, y no que meramente lo soñó, si se persuade que tales cosas nunca ocurren o son imposibles, tiene ahora razón de creer que quizás lo soñó. De esta suerte uno puede creer que de niño visitó una ciudad fabulosa construida sólo de esmeraldas y en la que todo aparecía verde. Reflexionando más tarde sobre ello uno puede convencerse de que la cantidad de esmeraldas necesarias para construir tal ciudad es demasiado grande para ser verdad: de ahí que

---

<sup>8</sup> Woody Allen, *Getting Even* (New York: Warner Paperback Library, 1972), p. 68.

uno pueda llegar a la conclusión de que la visita sólo ocurrió en sueños. Esta última convicción puede ser o no correcta.

He mencionado algunos modos como los sueños y relatos de sueños pueden diferir de las experiencias habidas durante la vigilia y los relatos de tales experiencias. No resulta de esta conclusión, por supuesto, que en los sueños deban ocurrir cosas física o lógicamente imposibles. Como se observó anteriormente los sucesos soñados pueden ser muy plausibles, coherentes y lógicos. De ahí que la ausencia de lo absurdo y la ocurrencia de lo que es lógicamente posible, no garantice que lo experimentado sea una cosa real y no una soñada. Sin embargo, la diferencia citada ayuda a explicar como el recurso a la evidencia puede demostrar que uno no soñó lo que creyó haber soñado. Si se está despierto a la hora  $t_2$ , se puede, en este tiempo, acumular testimonios que apoyen la conclusión de que se soñó que algo específico le sucedió a uno a la hora más temprana  $t_1$ . En tales casos es legítimo decir que se acumula evidencia inductiva. En realidad, la evidencia será inductiva en cuanto no será concluyente, Porque aun cuando tal suceso no hubiera podido ocurrir, no quiere esto decir que se soñó que ocurriera. Quizás uno lo leyó o también pudo haber sido una alucinación.

Pero uno podría aún sentirse inclinado a pensar que si lo que dijo es cierto, aunque no haya evidencia alguna a la que se pueda recurrir a la hora  $t$  para demostrar que uno está despierto a la hora  $t$ , hay una manera de probar a la hora  $t$  que uno está soñando a esa hora: basta observar que lo que al parecer está ocurriendo es absurdo, lógica o científicamente imposible. Pero, como bien lo vio Chuang Tse, esto no resuelve nada, porque si se duda si se está soñando o no, así mismo debe dudarse de que se está observando algo.

2. Procuraré mostrar ahora que un simple contraste o argumento correlativo es igualmente incapaz de derrotar el argumento del sueño. Esta clase de argumento se expone así: No podemos estar siempre soñando, ya que "soñar" y "no soñar" son términos correlativos. Si el primero tiene significado, el otro también lo debe tener, y vice versa. Por esto el primer término se aplica a algo, solamente en caso de que el segundo también se aplique a algo, y a la inversa. En términos más generales, si " $F(a)$ " tiene significado, no puede ser el caso que " $(x)F(x)$ ". (Compárese la breve respuesta de Butler al hedonista psicológico).

Hay varias razones por las que este argumento falla. En primer lugar, aun cuando uno lo acepte, no asegura que uno no esté soñando ahora. Todo lo que determina es que no estamos todos soñando *siempre*. En rigor, esta conclusión es compatible con la de que alguien esté siempre soñando. Por tanto el argumento no sacará a

Descartes de su escéptica duda. Finalmente, el argumento implica un *non sequitur*. Aun aceptando su primera premisa de que "F" tiene significado si, y solamente si "no-F" tiene significado, no puede colegirse que "F" se aplique a algo, en el sentido de que esta frase sea verdad a propósito de la cosa a la que se ha aplicado. Por esto el argumento ni siquiera logra demostrar que no estamos siempre soñando.

### *El argumento del sueño resulta en un dilema*

Mi primera objeción al argumento del sueño toma la forma de un dilema. El argumento parece forzarnos a escoger entre dos alternativas igualmente inaceptables. Primero: si aceptamos la duda extrema de que no estamos ahora percibiendo esta mesa, basándonos en que posiblemente estemos ahora soñando, siguiendo el mismo razonamiento debemos también dudar si comprendemos las palabras que estamos usando para expresar nuestra profesada duda. Después de todo, no es menos un hecho empírico que ciertas palabras signifiquen lo que significan, y no otra cosa diferente, o que se usen en tales y cuales maneras más bien que en otras. Más aún, tales hechos no son más ciertos que el hecho de que veo ahora una mesa. Por tanto, profeso alguna incertidumbre sobre lo último, porque puede que esté sólo soñando, sin duda debo reivindicar que no estoy tampoco seguro del significado de estas palabras.<sup>9</sup> Quizás estas palabras carecen de sentido o expresan algo muy distinto de lo que creo que expresan. Siendo así, la duda profesada por Descartes se derrotaría a sí misma, haciéndole dudar de su propia duda, si quiere ser consecuente.

Se podría objetar que el escéptico puede seguir dudando de que está despierto en esta primera alternativa, ya que lo único que se ha demostrado es que debe dudar en silencio, y sin valerse del lenguaje.<sup>10</sup> No voy a tratar de resolver la cuestión de si uno puede pensar y dudar sin usar lenguaje alguno. Pero suponiendo que esto sea posible, a fin de dudar de si uno está despierto y no soñando, hay que tener, al menos, un concepto o idea de lo que es estar despierto y estar soñando. Pero no es menos una cuestión empírica si una persona tiene o no tales conceptos. De esta suerte, si soy capaz de dudar que estoy ahora despierto, ¿cómo puedo sin inconsecuencia

---

<sup>9</sup> Ludwig Wittgenstein, *On Certainty*, ed. por G.E.M. Anscombe y G.H. von Wright y traducido por Denis Paul y G.E.M. Anscombe (New York: J. and J. Harper Editions, 1969), dice algo muy parecido en la sección 456. De aquí en adelante todas las referencias a las secciones de esta obra serán precedidas por una C y aparecerán entre paréntesis en el texto principal.

<sup>10</sup> Debo esta objeción a Keith Muntyan y Gary Supanich.



abstenerme de dudar de que tengo los conceptos necesarios para abrigar tal duda? Puede ser que sólo esté soñando que tengo tales conceptos. Pero soñar que tengo un concepto no es tener el concepto; ni tampoco implica que lo tenga. Puede que lo tenga o no. Por consiguiente, si dudo ahora, —aunque sea silenciosamente y sin usar idioma alguno— que estoy despierto, seguiré dudando de que mi duda silenciosa sea una verdadera duda, si quiero ser consecuente. Así la primera alternativa de nuevo nos lleva a la destrucción de nuestra duda inicial. Presupongo aquí el principio de que si dudo que  $p$ , luego no puedo dudar que dudo que  $p$ , pues si alguien estuviera sinceramente incierto de abrigar una duda determinada, concluiríamos que esa persona no abriga dicha duda.

Sabemos que la duda inicial de Descartes no fue tan hiperbólica como sostengo que debió de ser. Descartes nunca dudó de su propia duda. En lugar de ello, dio por supuesto que entendía qué era lo que dudaba, que sabía lo que era dudar, saber, pensar, existir, etc. Creyó equivocada e inconsecuentemente que podía dudar si percibía sus manos, su cuerpo, los papeles delante de sí, y que sin embargo podía evitar la duda si la palabra “mano” tenía el significado particular que él pensaba que tenía. Así pues no llevó su pretendida duda lo suficientemente lejos. Si la hubiera empujado lo suficientemente lejos, se hubiera dado cuenta de que era igualmente dudoso que abrigase la duda que profesaba tener. También esto podía ser sólo parte de un sueño. Por tanto, tendría que haber descartado su así llamada duda inicial por ser ella misma dudosa. Resumiendo, la primera alternativa señala que la duda profesada y ocasionada por el argumento del sueño se destroza a sí misma. Finalmente, parece conducirnos a una regresión infinita de dudas, cada una de las cuales socava la duda que le precedió. En cualquier momento dado puede que alguna duda permanezca, pero un momento más tarde también la destruiremos.

Consideremos ahora la segunda alternativa. Si damos por sentado que Descartes comprende las palabras pertinentes y posee los conceptos necesarios para expresar su duda de que está despierto, tendrá que admitir, si quiere ser consecuente, que al fin y al cabo no abriga tal duda. Por consiguiente, la segunda alternativa nos devuelve a la opinión sensata de que no hay duda de que estamos despiertos, la cual contradice una de las conclusiones del argumento del sueño. Para ver esto, demos por sentado que el proponente del argumento del sueño comprende el significado de palabras como “mano” y “azul”. Entonces sabrá que es correcto decir de cosas tales como mi mano, “esto es una mano”, y de una mancha azul, “esto es azul”. Para abreviar, si suponemos que Descartes usa un idioma que él

comprende y que tiene ciertos conceptos —y hemos visto que debe poseer tal comprensión si va a tomar en consideración su duda inicial —entonces se sigue que podrá formular muchos juicios correctos y verdaderos criterios que desmienten que duda de que está despierto, o que duda de que está percibiendo ahora algún objeto físico cercano. (No pretendo insinuar, por cierto, que si comprende estas palabras nunca dudará de como aplicarlas a lo que ve, ni que nunca cometerá errores de percepción. Pero solamente titubeará en juzgar que una cosa sea, digamos, una mano, si tiene alguna razón especial para creer que lo que parece ser una mano no lo es en realidad.) Es por esta razón que Wittgenstein dice: “Si hago ciertas aseveraciones falsas, ya no es seguro, que comprenda lo que dije” (C 81). O poniéndolo positivamente, en algunos casos: “La *verdad* de mis aseveraciones es la piedra de toque de mi *comprensión* de las mismas” (C80). Por ejemplo, si comprendo la palabra “mesa”, reconoceré que lo que veo delante de mí es una mesa, o reconoceré la verdad de la frase “Lo que veo delante de mí es una mesa”, suponiendo que estoy ahora en estado normal, la luz es adecuada, y así por el estilo. Esto nos ayuda a entender por qué Wittgenstein escribe: “No estoy más cierto del significado de mis palabras que lo estoy de determinados juicios” (C 126).

Descartes podría dar a esto una réplica, pero no quiero discutirla aquí. Podría conceder que está ahora percibiendo una mano y que en cierto sentido nunca dudó de ello. Nunca dudó de ello prácticamente, sino sólo metafísicamente. Para contestar a esto habría quizás que minar su distinción entre duda metafísica y duda práctica, que ciertamente parece artificiosa.

Pero volvamos al dilema. Vimos que el argumento del sueño de Descartes fuerza a su proponente a elegir entre dos alternativas igualmente inaceptables. Por una parte, está la primera alternativa: si dudamos de la veracidad de todos nuestros juicios perceptuales porque puede que estemos ahora soñando, debemos dudar de que comprendemos lo que es dudar de tales cosas o de cualesquiera otras; así, al aceptar nuestra duda debemos dudar de ella, lo cual destruye nuestra duda inicial. Por otra parte, hay una segunda alternativa: Si comprendemos la conclusión de este argumento del sueño sin la más mínima duda, y poseemos los conceptos requeridos para abrigar las dudas a que nos conduce, la necesidad de ser consecuentes demandará que abandonemos la duda de que nunca podemos estar ciertos de la veracidad de nuestros juicios perceptuales, junto con nuestra duda de que estamos ahora despiertos. Basándonos en estas consideraciones, debemos rechazar el argumento del sueño de Descartes.

## *Reducción al absurdo del argumento del sueño*

Mi segunda objeción al argumento del sueño toma la forma de una breve *reductio*. Si aceptamos el argumento, debemos, si queremos ser consecuentes, dudar de todo. Todo se convierte en un objeto de duda, por las razones que se han dado en la sección previa. Por consiguiente, el argumento nos conduce al escepticismo completo. Pero, como Wittgenstein observa, “una duda que dudase de todo no sería duda” (C 450). Se llega a esto por la razón de que “el juego de la duda presupone de suyo la certeza” (C 115). Así la duda de Descartes de si está despierto, descansa en su certeza de que una vez soñó que estaba sentado ante el fuego, ataviado con su bata, y así por el estilo.

Por lo tanto “una duda sin fin no es siquiera una duda” (C 625).

Presumo que Wittgenstein expresa aquí una verdad conceptual: el concepto de la duda depende del concepto de creencia. La duda presupone la creencia, porque uno necesita siempre razones para dudar (véase C 122); esto es, la duda de la proposición  $p$  debe apoyarse en la creencia en alguna otra proposición  $q$ . Resulta entonces que el escepticismo completo o total es incoherente. Como hemos visto, el argumento del sueño implica el escepticismo total y por lo tanto debe rechazarse.

*La pregunta “¿Estoy soñando? (literalmente)” carece de sentido.*

Mi tercera y última objeción al argumento del sueño busca demostrar que la pregunta alegadamente filosófica “¿Estoy soñando?”, no tiene significado alguno. Esta pretendida pregunta presupone que o estoy soñando o no estoy soñando: el preguntante quiere saber cuál de las dos alternativas es la verdadera. Mi tesis puede expresarse algo imprecisamente así: Decir que “no estoy soñando ahora” no tiene sentido. (Precisaré esta tesis más adelante). Por consiguiente, la disyunción “o estoy soñando o no estoy soñando” tampoco tiene sentido. Aquí uso un principio suscrito por Hempel y otros, a saber, que si la oración “S” no tiene sentido, entonces “o S o no S” también carece de sentido.<sup>11</sup> Concluyo que la pregunta tampoco significa nada.

---

<sup>11</sup> Carl Hempel escribe en *Aspects of Scientific Explanation* (New York: The Free Press, 1965), p. 102: “Si bajo un dado criterio de significatividad cognoscitiva, una oración  $N$  es no-significativa, entonces también lo debe ser . . . cualquier disyunción  $N$  v  $S$ , no importa si  $S$  es significativa bajo el criterio dado o no”.

Hablando estrictamente, empero, no es correcto decir que “estoy soñando” no tiene sentido. La oración no tiene sentido a menos que se use en cierta manera. La primera persona del presente del verbo “soñar” tiene varios usos. “Yo sueño” puede usarse para informar a alguien que uno sueña. “Estoy soñando” también se usa algunas veces como expresión de sorpresa o asombro. Un colega me dijo que creyó que estaba soñando cuando vio a un vecino aparentemente regando el césped con una manguera, en una helada noche de invierno. (Descubrió más tarde que lo que el vecino hacía era anegar el césped para preparar una pista de hielo para patinar.) “Estoy soñando” puede usarse como una exclamación, como “Dios mío” “¡Estoy soñando!” ó “¡Debo de estar soñando!” —quizás millones de norteamericanos pronunciaron tales palabras cuando se enteraron de que Nixon había despedido a Archibald Cox. La primera persona del presente también puede usarse metafóricamente, a saber, como hipérbole. Si uno despertase un día en Tahití, viera salir el sol en el horizonte del océano, los pescadores empujando sus barcas hacia la rompiente, y uno estuviera rodeado de personas de increíble belleza que le rindieran homenaje como soberano de la isla, uno podría muy bien decir en tal situación “¡Estoy soñando!”. La locución “sueño con . . .” se emplea para expresar un deseo o ansia. Imaginemos un fetichista de las cosas de goma que dice a su siquiatra: “Sueño con ver a Petronila en bikini de goma, con unos calzones largos de goma y un impermeable también de goma”. Si Martin Luther King dijese que “sueña con el día en que todos los hombres serán hermanos”, sabríamos que está expresando un ideal, como también una esperanza y un deseo. Y si Stravinsky dice: “Sueño con crear nuevas formas de música”, lo tomamos como expresión de su deseo o anhelo. Finalmente, a veces decimos “estoy soñando otra vez” o “estoy soñando, esto supera mis recursos”, como una manera elíptica de decir “estoy imaginando cosas” o “esto es una quimera”. Creo que en todos estos usos de “estoy soñando” el que habla podría proseguir con la frase: “Bien, ahora me voy a dormir”, lo cual prueba claramente que ni por un instante ha pensado que estaba literalmente soñando, pues ello implicaría que ya estaba durmiendo. (Nótese que no hablo aquí de ensueños.)

Hemos visto las maneras en que puede usarse la expresión “estoy soñando” y he sugerido algunas en que sería lícito preguntar “¿estoy soñando?” Podemos imaginar ocasiones en las que estas palabras pueden proferirse significativamente y podemos parafrasear lo que podría comunicarse con ellas. De suerte que es razonable sostener que las oraciones tienen significado. Tienen significado porque

pueden usarse en estas distintas maneras. Supongamos, sin embargo, que alguien articuló estas frases pero negó querer que se las entendiese en alguna de las maneras referidas. Esto nos causaría gran azoramiento. Quizás admitiríamos que lo que dijo sonó bien y que estaba bien expresado gramaticalmente, pero no podríamos comprenderlo porque el orador habría rechazado todas las interpretaciones aceptables. Eventualmente creo que concluiríamos, acertadamente me parece, que la persona estaba pronunciando insensateces.

Esto nos trae de vuelta a mi tesis central: cuando el filósofo se pregunta “¿estoy soñando?” no usa estas palabras en ninguno de los sentidos que se han sugerido. Tampoco usa “estoy soñando” en ninguno de los sentidos que hemos considerado admisibles. Por estas razones, como asimismo por las dadas anteriormente, concluyo que esta pregunta no tiene sentido.

Sé que lo que digo probablemente será controvertido. Trataré de anticipar algunas posibles objeciones.<sup>1 2</sup>

*Primera objeción.* La siguiente “prueba indisputable” se puede ofrecer para mostrar que “estoy soñando” tiene significado cuando el filósofo la usa.

1. La negación de cada oración verdadera es falsa y tiene significado.<sup>1 3</sup>

2. Toda oración que es falsa tiene significado.<sup>1 4</sup>

3. La oración “no estoy soñando ahora” es verdadera, entendiéndose que tal oración habla de mí ahora.

4. Por lo tanto, si digo “estoy soñando ahora”, lo que digo es falso.(1,3)

5. Por lo tanto si digo “ahora estoy soñando” lo que digo tiene significado, aunque no use la expresión de alguna de las maneras anteriormente mencionadas. (2,4)

---

<sup>1 2</sup> La mayoría de estas objeciones surgieron en la clase de epistemología que dí en el invierno de 1974. Quiero dar las gracias especialmente a Allan M. Hart por la valiosa crítica a que sometió mi tercera réplica al argumento del sueño.

<sup>1 3</sup> Israel Scheffler, en *The Anatomy of Inquiry* (New York: Alfred A. Knopf, 1963), p. 134, dice que las “negaciones de oraciones significativas deben ser ellas mismas significativas”. Escribe: “Tómese cualquier oración [verdadera o falsa y por lo tanto] significativa y fórmese su negación. Esta negación debe, entonces, ser también verdadera o falsa —falsa si la oración original era verdadera, y verdadera si la oración original elegida era falsa. Así, esta negación debe [. . .] ser significativa ya que todas las oraciones verdaderas o falsas son significativas”.

<sup>1 4</sup> *Ibid.* En la p. 129 Scheffler hace una aseveración más poderosa y cuestionable de la cual se desprende la premisa 2: “Para cada oración *S*, *S* es verdadera o falsa si, y solamente si, *S* es significativa”.

*Respuesta.* La primera premisa es ambigua y se puede tomar igualmente de dos maneras, que deben ambas rechazarse. Podemos tomarla como si dijese, primero, que si una oración verdadera es precedida por las palabras “no es el caso que”, o alguna expresión sinónima, la oración resultante será falsa y tendrá significado. Segundo, podemos tomarla como si dijese que cada aserto tiene una negación en el sentido de una negativa, vale decir, algo que cuenta como una acción de negarla. Si reflexionamos sobre las oraciones “no estoy muerto”, “estoy consciente”, e incluso quizás “no es el caso que creo falsamente que Michigan tiene poco sol”, creo que veremos que la primera premisa es falsa, en ambas interpretaciones. Ya que los asertos que se han hecho con estas oraciones no tienen negaciones en el sentido de negativas, esto es, de algo que cuente como una acción de negarlos. Más aún, las oraciones “estoy muerto”, “estoy inconsciente”, y “creo falsamente que Michigan tiene poco sol” no son a la vez falsas y dotadas de sentido, aunque concedo que “estoy muerto” tiene sentido en la misma forma en que “estoy soñando” tiene sentido. Contra este argumento podrían formularse otras críticas, pero lo dicho basta para refutar la primera objeción.

*Segunda objeción.* Podemos atribuir literalmente el soñar en el presente a otros, diciendo: “él (o ella) está soñando”. Por lo tanto, debo conceder que la frase “estoy soñando” puede también atribuirse literalmente a mí. Tomando la palabra “soñando” como un predicado y “él”, “ella”, y “yo” como expresiones que se refieren a individuos, podríamos estar tentados a decir que “él (o ella) está soñando” tiene significado si, y solamente si “estoy soñando” tiene significado, y que el predicado ha de poder funcionar de la misma forma en ambos casos.

*Respuesta.* La objeción contiene, al menos, dos errores. Primero, como Strawson indica en su artículo “On Referring”, no es lícito decir que las palabras ‘yo’, “él” y “ella” se refieren a ciertas personas; somos más bien *nosotros* quienes nos referimos a determinadas personas mediante esas palabras. En segundo lugar, cosa mucho más importante, la objeción contiene un *non sequitur*. Pues no es verdad que cuando una expresión de la forma “El es o está F” tiene significado, entonces “soy o estoy F” también ha de tener significado y mucho menos la misma clase de significado. Lo demostraré con tres contraejemplos: “El cree falsamente que *p*”, “El está muerto”, “El está inconsciente”, tienen todos significado. Sin embargo es un disparate decir “Creo falsamente que *p*”, “Estoy muerto”, “Estoy inconsciente”.

*Tercera objeción.* Si mientras estoy soñando declaro que “estoy soñando”, digo lo mismo que quizás diría más tarde, a saber que “estaba soñando”, o lo que otra persona diría si ahora dijese de mí: “está soñando”. Hago el mismo aserto; asevero la misma proposición. Por lo tanto ha de tener el mismo valor veritativo. *A fortiori*, tiene un valor veritativo, y por lo tanto, no carece de significado que yo me atribuya literalmente el estar soñando.

*Respuesta.* Lo pasado por alto aquí es que cuando pronuncio estas palabras mientras estoy soñando, no hago aserto alguno, no puedo de ninguna manera aseverar ninguna proposición; por lo tanto no pude haber hecho el mismo aserto que otro hizo o que yo mismo pudiese hacer en otra ocasión. No pude hacerlo, ya que *ex hypothesi* estoy soñando y, por lo tanto durmiendo e inconsciente. El mero pronunciar estas palabras constituye un aserto. Para hacer un aserto uno ha de estar consciente y querer decir lo que dice. Wittgenstein escribe por eso: “Quien en sueños diga ‘estoy soñando’, aunque hable en forma audible, tiene tan poca razón como si dijese en sueños ‘está lloviendo’ cuando de hecho lloviera. Aun cuando su sueño tuviera relación con el ruido de la lluvia” (C 676). Aunque gritara estas palabras, o las pronunciara con gran énfasis, si está soñando, de ninguna manera puede tener idea de lo que está diciendo. Por lo mismo, tampoco puede preguntar nada. John Locke parece reconocer esto cuando observa: “Si [...] queda alguien tan escéptico que desconfíe de sus sentidos y sostenga que todo cuanto vemos y oímos, sentimos y saboreamos, pensamos y hacemos, durante nuestra vida entera, no es sino la serie y engañosa apariencia de un largo sueño, carente de toda realidad, y ponga así en cuestión la existencia de todas las cosas o nuestro conocimiento de ellas, le ruego que considere que si todo es un sueño, entonces tan sólo está soñando que formula esta cuestión . . . . .”<sup>15</sup>

*Cuarta objeción.* Demos por sentado que si estoy soñando, no puedo aseverar ni preguntar nada. Aún así, las palabras que pronuncio, a saber, “estoy soñando”, son verídicas o al menos afirman algo que es verídico. O sea que, en un sentido de “decir”, lo que he dicho es aún verdad y tiene significado. Igualmente, si pronunciara las palabras “no estoy soñando”, mientras sueño, mis palabras serían falsas o expresarían una proposición que es falsa. Así, de nuevo, en un sentido de “decir”, lo que dije tendría significado. Lo mismo vale para las frases emitidas por loros; aún cuando estas no

---

<sup>15</sup> Locke, *Essay*, Libro IV, Capítulo XI, sección. Mi colega Rich Hall me indicó este pasaje.

puedan aseverar nada, las palabras que repiten pueden ser verdaderas o falsas o expresar una proposición que es verdadera o falsa.

*Respuesta.* En mi respuesta a la segunda objeción dije que no debemos suponer que las expresiones lingüísticas se refieren a cosas o las mientan. Más exacto es decir, con Strawson, que son las personas quienes se refieren a las cosas valiéndose de ciertos tipos de expresiones lingüísticas.<sup>16</sup> La cuarta objeción también peca de antropomorfismo. Presupone que o bien (1) las oraciones son verdaderas o falsas, o bien alternativamente (2) que expresan algo, a saber, proposiciones que son verdaderas o falsas. Uno podría también decir que una escoba barre. La simple verdad es que la escoba no barre. Pero la gente usa las escobas para barrer. De la misma manera se usan las oraciones para expresar proposiciones, afirmar, esto es, decir algo que sea verdadero o falso. Es un error creer que las oraciones hacen eso por sí solas, o que son verdaderas o falsas en sí.

Strawson nos recuerda que lo que se puede decir de una oración no necesariamente puede decirse del uso que le damos y a la inversa.<sup>17</sup> Por ejemplo, la oración puede estar compuesta de siete palabras, pero no decimos que su aseveración está compuesta de siete palabras. Es la aseveración que hacemos y podemos hacer con la oración la que es verdadera o falsa, no la oración misma.

*Quinta objeción.* Incluso concediendo que mientras estoy soñando no puedo hacer un aserto, y que las palabras que pronuncio durante el sueño no lograrán expresar una proposición, podría todavía objetarse que ciertamente puedo creer que estoy soñando mientras estoy soñando. Y por supuesto que si tuviera tal creencia, estaría bien acertado, ya que sería una creencia verdadera. Más aún, uno podría también querer decir que el soñante está en una situación en que puede saber si ésta es una creencia verdadera, esto es, saber si está soñando o no. "Debería saberlo", podríamos decir de él. Pues bien, si está seguro de que está soñando y está soñando cuando está seguro de ello, y concedemos que tiene el derecho a estar seguro de ello, entonces al menos según cierta descripción filosófica del saber<sup>18</sup> estamos obligados a decir que una persona puede saber que está ahora soñando, contra el parecer que estoy expresando.

*Respuesta.* Es un error creer que una creencia en sueños es una

---

<sup>16</sup> Peter Strawson, "On Referring", reproducido en *Essays in Conceptual Analysis*, ed. por Anthony Flew (London: Macmillan & Co., 1956), p. 29.

<sup>17</sup> *Ibid.*, pp. 30-31.

<sup>18</sup> Véase *The Problem of Knowledge* por A.J. Ayer, (Harmondsworth, Middlesex: Penguin Books Ltd., 1956), p. 35.



creencia. Es tanto una creencia como, digamos, un auto de fe es un auto. Si alguien contara que soñó que creía que era Don Quijote, no inferiríamos que creía que era Don Quijote aun cuando aceptáramos como verdadero su relato del sueño. Tampoco está el soñante en situación de saber nada. Decir que “debía saberlo” es absurdo por la misma razón: quien lo diga no hace caso del hecho obvio de que está durmiendo y por tanto inconsciente. Puede ser que sepamos cuando está soñando, pero no puede decirse en absoluto que él sabe que está soñando cuando lo está.

*Sexta objeción.* Supongamos que las oraciones “ahora estoy soñando” y “¿estoy soñando ahora?” no puedan usarse en sentido literal para aseverar o preguntar cuando uno está dormido, ya que nadie asevera o pregunta cosas salvo cuando está despierto. Queda abierta la posibilidad de que se usen estas oraciones para aseverar o preguntar algo cuando uno está despierto. Supongamos una vez más que las dudas y creencias que se tuvieron en sueños no deben confundirse con las dudas y creencias reales; y que por lo tanto no es dable inferir que una persona creyó que estaba soñando, meramente porque se sabe que soñó que lo creía. Sin embargo hay casos en que personas que están despiertas pueden creer que están soñando. Así mi colega puede que dispute la interpretación que doy a la observación “estoy (o debo estar) soñando”, que hizo al ver el extraño comportamiento de su vecino. ¿No podría decir que lo que vio era tan sorprendente y fuera de lo normal que por un momento creyó que estaba soñando, o al menos que quizás lo estuviera? Después de todo, ni es una verdad lógica que uno no esté soñando, ni un simple aserto sobre datos de los sentidos; por tanto, uno puede dudar, y uno lo dudará especialmente si tiene buenas razones para ello.

*Respuesta.* Es un error filosófico pensar que todo lo que ni es una verdad lógica ni una oración sobre datos de los sentidos puede ser puesto en duda. En su “Defensa del Sentido Común” Moore nos ha mostrado que hay muchas proposiciones empíricas que no se pueden dudar. Sostengo que “estoy ahora soñando” debería contarse entre estas indudables proposiciones empíricas. Así, si alguien dijera que pensó que estaba soñando, o que dudó que estaba despierto mientras lo estaba, deberíamos interpretar su observación en una de las maneras que he mencionado. Si el orador objetara: “No, de veras creo que estoy literalmente soñando ahora”, y si persistiera por ese camino, pensaríamos que no sabe lo que estas palabras significan y está tratando de decir algo radicalmente distinto, o mejor aún, que está de broma y desea tomarnos el pelo. Quizás interpretaríamos sus

palabras como síntomas de algún desorden mental, aunque más probablemente reflejarían cierto grado de educación filosófica. Sin embargo, no creo que nadie, excepto en un coloquio filosófico, aceptaría que el que habla expresaba una sincera duda de que estaba despierto. No puede haber tal duda, porque nada cuenta, o puede ser aceptado por nosotros como ejemplo de tal duda.

*Séptima objeción.* Un discípulo de Frege, que crea que el significado de una oración depende del significado de sus partes primarias,<sup>19</sup> puede que avance este contraargumento: Si una oración tiene sentido todas sus partes primarias deben tener sentido. “María cree que estoy ahora soñando” tiene sentido. “Estoy ahora soñando” es una parte primaria de esta oración. Por consiguiente, “estoy ahora soñando” debe tener sentido; y esta oración literalmente atribuye el estado de sueño al que habla.

*Respuesta.* Creo que está claro que, independientemente del problema de determinar cuáles son las partes primarias, deberíamos rechazar el principio de Frege. Ya que una oración puede tener sentido aun cuando una de sus partes primarias no la tenga. Ahí va una prueba como contraejemplo: “él cree que estoy inconsciente” y “ella cree que estoy muerto”, son oraciones que tienen ambas sentido. Pero “estoy inconsciente” y “estoy muerto” no tienen sentido si se las toma literalmente, porque no se usan así en castellano. No podemos contar una historia en la cual tales observaciones puedan figurar en su acepción literal.

He considerado siete objeciones a la tesis de que la oración “ahora estoy soñando” carece de sentido, a menos que se la tome en una de las maneras que he sugerido, y que, por lo tanto, la pretendida pregunta del filósofo “¿estoy ahora soñando?” no tiene sentido. Espero haber convencido al lector de que aquí no resta problema alguno, aún cuando no haya ninguna evidencia a la que se pueda recurrir para establecer que ahora no estamos soñando, ni manera como pudiéramos probarlo.<sup>20</sup>

*Michigan State University*

---

<sup>19</sup> Michael Dummett en su excelente artículo sobre Frege en *The Encyclopedia of Philosophy*, ed. por Paul Edwards (New York: The Macmillan Co. and the Free Press, 1967), III, p. 228, le atribuye la opinión de que “el sentido de una oración [el pensamiento expresado por una oración] se construye a partir del sentido de sus palabras constituyentes”.

<sup>20</sup> Agradezco a Chuck Bruce, Jim Hanink y Ron Miller por los provechosos comentarios que hicieron a un borrador previo de este ensayo.